

**EL ESPÍA QUE ODIÓ A
LOS BEATLES**

Gerardo Errasti Bocourt

**EL ESPÍA QUE ODIÓ A
LOS BEATLES**


ESDRÚJULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, noviembre 2015

© Gerardo Errasti Bocourt, 2015

© Esdrújula Ediciones, 2015

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: Eva Vázquez

<http://evavazquezdibujos.com/>

Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1488-2015

ISBN : 978-84-16485-28-4

Impreso en España · Printed in Spain

El coronel Antonio Romero despertó y permaneció en la cama. Por primera vez desde que comenzó a trabajar para el espionaje español, no quiso levantarse y salir corriendo para aquel lugar de la calle del Padre Huidobro que le atraía tanto y del que le costaba alejarse.

Hoy el coronel se iba a retirar. Era su último día en el lugar de trabajo donde había vivido momentos de alegría cuando una operación salía bien, pero también de abrumadora tristeza cuando alguno de sus hombres se quedaba en el camino, como había ocurrido con José Antonio Bernal, el segundo jefe de la antena del CNI en Irak, poco después de que ayudara a descubrir un atentado contra los Príncipes de Asturias durante su luna de miel en Jordania.

Cruzó los brazos tras la nuca y se quedó mirando fijamente al techo. Su mujer se despertó con esa especie de telepatía con la que siempre lo sorprendía cuando estaba atrapado por sus preocupaciones. Él le pasó el brazo por encima, la atrajo hacia sí, lo que pocas veces hacía últimamente, y ella, entre sorprendida y comprensiva, posó la cabeza sobre su pecho.

Así estuvieron unos minutos, sin hablar ni mirarse hasta que él decidió que tenía que irse, la apartó con ternura y se levantó. Ella no dijo nada, sabía que en ese momento no podía decirle nada confortador.

Hizo su habitual recorrido desde La Moraleja, al norte de Madrid, hasta la carretera de La Coruña y el hipódromo de La Zarzuela sin fijarse en absolutamente nada.

El soldado que custodiaba la entrada de la sede del espionaje español lo saludó con la misma alegría y admiración de siempre y sin la menor conmiseración, al ignorar que el coronel dejaba de ser el jefe de la División de Espionaje Exterior.

Al llegar al ala del edificio que cobijaba dicha División, sintió deseos de acercarse a su despacho, pero se contuvo; aquello tenía que terminar ahora, por lo que se dirigió al despacho del director.

Notó que la secretaria del general tampoco lo saludó con su habitual efusividad. Estaba claro que tampoco ella sabía cómo enfrentar la situación.

—El general le espera, coronel —se limitó a decirle poniéndose en pie con excesiva formalidad para abrirle la puerta.

Él se limitó a asentir, tampoco sabía cómo comportarse. El general Félix Sanz Roldán, de pie junto a su mesa de despacho, se le acercó con el brazo tendido, le estrechó la mano y lo llevó hasta una butaca cogido del brazo. Supo el coronel que todo estaba preparado, que hoy todo sería endiabladamente formal; o sea, un día fatídico para él.

El general volvió a su asiento sin saber qué decir. ¿Cómo confortar a un hombre llegado al espionaje español una decena de años antes que él, que solo lo había hecho en 2009 para sustituir a Alberto Saiz? ¿Cómo despedir al hombre que había dirigido tan exitosamente las últimas operaciones? Por tanto, decidió no decir nada, lo dejaría para después, para esos encuentros que seguramente se producirían en el futuro, recordando estos años, y las inevitables consultas que habría que hacerle durante un tiempo. Se centró pues en los asuntos pendientes.

—Coronel, ¿cree que su equipo está en condiciones de enfrentar los problemas que vayan surgiendo?

—Estoy convencido de ello.

—¿No será el teniente Estrada demasiado joven para dirigir la División de Espionaje Exterior?

—Bueno, mi general, él siempre ha dirigido el equipo y lo hizo muy bien en Somalia, cuando intentamos liberar a los pescadores del Alakrana, y en Colombia en 2012, cuando ayudamos a la CIA a evitar el atentado contra el presidente Obama. Su capacidad de mando está más que demostrada. De todas formas, no hay por qué nombrarlo de inmediato jefe de la división, podemos dejarla acéfala y mantenerlo por un tiempo como un guerrero más... que se vea y sienta como tal.

—No me parece mala idea. Ahora bien, además de él solo contamos con Carlos y Lisa para moverse ahí fuera ¿No hará falta alguien más en el equipo?

—No lo creo, por ahora es mejor dejarlos así, multiplicándose en la tarea. De todas formas, si necesitamos

alguna ayuda puntual tenemos a Alejandro Vázquez, del Departamento de Contraterrorismo Biológico, y a María del Mar, que nos ayudaron a neutralizar aquel ataque nanotecnológico contra los homosexuales.

—Esperemos que tenga razón, coronel, porque ya tenemos un problema.

—¿Y eso?

—Ayer me llamó su amigo Pete Johnson.

El coronel Romero sonrió por primera vez, le hizo gracia la expresión del general. Los primeros intercambios entre el capitán Pete Johnson y él, en los primeros días de la guerra de Irak, no prefiguraban una buena amistad entre ambos, pero hoy Pete Johnson era el jefe de la antena de la CIA en Madrid, se llevaban bastante bien y habían llevado a cabo varias operaciones conjuntas.

—¿Y qué nos trae el capitán Johnson?

—Dijo que lo reclamaban en Langley porque, al parecer, están preocupados por el periodista James Foley, secuestrado por los terroristas del Estado Islámico en 2012. ¿Le dice eso algo?

El coronel levantó la vista por encima del general como si buscara la respuesta apropiada.

—Por lo menos sabemos que los americanos se han negado a pagar para rescatarlo. ¿Pidió algo en concreto el capitán Johnson?

—Nada. Pero sí nos habló del motivo por el que volaba a Langley; es porque piensa pedirnos ayuda en algo. Por eso me preocupa que su equipo no esté a la altura sin su presencia.

—Lo estará, general, lo estará. Si algo les enseñé, es que deben estar siempre listos y disponibles en esta lucha contra el terrorismo, que será larga porque no se trata de organizaciones como Al Qaeda, que era lo más grande que habíamos conocido, sino de una ideología medieval, algo así como cuando la Santa Inquisición asoló Europa.

Una vez más, el capitán Pete Johnson se veía atravesando el amplio vestíbulo de granito gris y negro, en forma de tablero de ajedrez, de la sede de la CIA en Langley, ahora reclamado con carácter urgente, y una vez más se repitió para sus adentros que el lugar no le gustaba. Se sentía más cómodo y tranquilo en Madrid, en lo que hasta ahora había sido su mejor retiro después de haberse jugado la vida por el mundo, sobre todo en Irak, donde la vida de un oficial americano no valía nada, lo que ni él ni sus compañeros nunca se pudieron explicar, convencidos como estaban de que habían liberado ese país.

En la capital de España se sentía más contento y sosegado. Contento, porque no se encontraba tan directamente sometido a órdenes superiores; allá era el jefe, el que mandaba, planificaba y organizaba, mientras que aquí era uno más, y por tanto tan controlable como cualquiera. Y sosegado, porque mientras no reclamaran su presencia, como era ahora el caso, no había por qué preocuparse. Por eso andaba inquieto.

Y como esto era Langley, su tránsito hasta la oficina de su jefe pasó inadvertido entre decenas de oficiales de la Agencia, muchos de ellos como él recién llegados o destinados a distintas partes del mundo. Saludó a la secretaria del coronel David Murphy, quien mantuvo una relajada distancia, como es preceptivo en Langley.

El coronel se encontraba ante su mesa de despacho, inclinado sobre unos documentos.

—¿Quiere beber algo, capitán? —le preguntó sin levantar la vista.

—No estaría mal una taza de café.

—Sírvase usted mismo —le dijo señalando un pequeño bar empotrado en un mueble de caoba.

Se encaminó al bar y dejó al coronel con lo que estaba haciendo. Terminó y todavía tuvo que esperar unos minutos. El coronel Murphy cerró la carpeta, emitió un suspiro y se puso de pie.

—Lleva usted un buen tiempo descansando en Madrid, capitán —dijo.

Pete Johnson sonrió. Descansar no era lo propio de un oficial de la CIA, dondequiera que estuviese, incluida la ciudad más tranquila del mundo. No era posible con los trajines y preocupaciones que ahora tenían con el terrorismo yihadista. Y, de existir esa ciudad, no estaría precisamente en Europa, donde no se habían materializado muchos ataques terroristas, aparte de los de Madrid y Londres, gracias a la actividad preventiva de los servicios secretos occidentales; aunque, por el contrario, no se podía minimizar que cientos de sus nacionales

se hubieran ido a hacer la guerra santa en Afganistán, Chechenia y el Magreb, y ahora en Siria y en Irak. Lo peor era que regresaban convertidos en yihadistas expertos en matar y en poner bombas, más convencidos que nunca de que el enemigo número uno del yihadismo internacional era el Gran Satán americano, viéndose por tanto los oficiales de la Agencia en Europa obligados a centrar todos sus esfuerzos en impedir que estos nuevos muyahidines tocaran territorio norteamericano, o atentaran contra sus intereses en el mundo.

Claro que, en cierta forma, el coronel Murphy tenía razón. No se podía decir que hubiera tenido muchos problemas en Madrid, salvo para neutralizar en 2012, con la ayuda del espionaje español, un atentado contra el presidente Barack Obama durante la VI Cumbre de la Organización de los Estados Americanos en Colombia. Pero tampoco veía por qué no defender aquel suave intermedio.

—Quizás me mereciera ese descanso, coronel.

—Seguramente, pero la verdad es que no está en mis manos garantizarle más relax.

—¿Y cuál es el problema con ese periodista? —quiso Pete Johnson alejarse de aquel debate.

David Murphy se puso de pie, cogió una de las carpetas que tenía sobre la mesa y se la tendió diciendo:

—James Wright Foley. Detenido en Siria por la organización terrorista Estado Islámico en 2012 durante la Primavera Árabe, cuando cruzaba la frontera con Turquía para informar desde las filas de los opositores al

presidente Bashar al Assad. Ya anteriormente, en 2011, había sido secuestrado en Libia por fuerzas del coronel Muamar el Gadafi durante cuarenta y cuatro días, junto a la también norteamericana Claire Gillis y al español Manu Brabo, aunque los tres fueron liberados y perdió la vida el sudafricano Anton Harmmel.

—Sí, esta vez el muchacho no ha tenido suerte —asintió Pete Johnson—. Vino a moverse cerca de las posiciones del Estado Islámico, cayó en manos de esta gente y no le dieron la misma oportunidad que a su conductor y al traductor, que fueron liberados. A decir verdad, a los opositores de Bashar al Assad que fue a entrevistar no se les nota tanto en la actual desorganización de Siria y en las barbaridades que cometen todas las partes.

El coronel Murphy asintió ante aquellas encriptadas palabras de Pete Johnson. Desde siempre se supo y se discutió acerca de ciertos grupos yihadistas que se movían entre la llamada Primavera Árabe, algunos de los cuales ni se escondieron para cortar la cabeza a varios curas católicos españoles. Pero eso no era algo muy a tomar en cuenta pues en aquellos momentos el enemigo era Assad, y cuando en el Pentágono o en la CIA el enemigo estaba identificado, con lo demás se podía convivir; en fin, eran daños colaterales.

—Pues verá, capitán —dijo Murphy—, el Estado Islámico pide cien millones de dólares por la liberación de James Foley, lo que hace pensar a la compañía Global Post, para la que trabaja este periodista, que en realidad

sus captores no lo quieren liberar porque ellos no pueden reunir ese dinero, sobre todo cuando la ayuda de nuestro gobierno es imposible porque se opone a negociar con terroristas.

—Ajá. ¿Y qué quieren aquí en Langley?

—Quisiéramos preparar una operación para liberarlo a él y a otros secuestrados más, entre los cuales hay dos muchachos nuestros, un periodista de origen judío llamado Steven Sotloff y el cooperante Peter Kassig, así como los británicos David Haine y Alan Henning.

—Eso sería una maniobra muy peligrosa, coronel.

—Y delicada. Hasta ahora nuestro gobierno no ha querido enviar tropas a Siria, así lo ha mantenido ante la opinión pública, por ello se ha limitado a bombardear a Assad en algunas ocasiones para dar ciertas ventajas a sus opositores.

—Entonces estamos hablando de que esta podría ser la primera vez que nuestras tropas se movieran en aquel país.

—Pero de forma encubierta, al menos es lo que esperamos, Pete.

—Ya. ¿Y por qué yo desde España?

—En realidad, hemos puesto a todos nuestros jefes de antena de Oriente Medio y de Europa en pos de una vía para acercarnos a los encargados de custodiar a los rehenes europeos y americanos, a los que tienen como algo muy especial. De todas formas, resulta que el equipo del coronel Romero, allá en Madrid, tiene un hombre que, por determinadas razones, se puede acercar a esos carceleros,

que precisamente son yihadistas europeos, tal como consta en esta carpeta.

Pete Johnson, que hasta ese momento no había abierto la carpeta, pasó varias páginas y comenzó a leer.

—Después se lo estudia —lo interrumpió David Murphy—. En definitiva, esa será su tarea.

Pero ello no impidió que Pete Johnson expresara sus pensamientos sobre lo que acababa de leer:

—Así nos va.

—¿A qué se refiere?

—Resulta que los terroristas confían en personas nacidas en nuestros países para cuidar de nuestros nacionales secuestrados.

—Es uno de los grandes problemas que estamos teniendo con el yihadismo, capitán, pero en este caso intentemos utilizarlo. Por lo demás, quiero que vaya a Legoland a visitar al coronel Louis Jackson, a ver qué más le puede dar sobre esos carceleros ingleses que se ocupan de nuestros muchachos. Una vez con ambas informaciones, estará preparado para ver a los españoles.

—Supongo que sabrá que el coronel Romero se retira precisamente hoy.

—Pero usted se lleva muy bien con el teniente Estrada, quien al parecer todavía se mantendrá al frente del equipo.

—Sí, hemos hecho varias *cosas* juntos después de lo de Irak.

—En Irak usted hacía su trabajo, protegía nuestros intereses. Por lo demás, creo que no estaría mal proponer

un reconocimiento para ellos, por la ayuda que nos proporcionaron en la protección del presidente en Colombia.

—Sería muy oportuno que en Madrid escucharan hablar de eso —comentó—. A propósito, ¿en cuál de ellos han pensado?

—En Carlos Alonso.

—¡Vaya!

—¿Qué ocurre, Pete?

—Ese muchacho es el más contestatario y espinoso de todo el equipo del coronel Romero, no se le queda callado ni al general Sanz Roldán.

—Pues habrá que ganárselo para la causa. Además, precisamente el entorno en que vivió cuando joven y una circunstancia de su padre fueron lo que más nos hizo fijarnos en él para esta tarea, como se expone en esa carpeta.

Desde que su coche se fue acercando al puente de Vauxhall, en el suroeste de Londres, Pete Johnson fijó su vista en el glamuroso edificio que se alzaba a lo largo del Albert Embankment, en la rivera sur del Támesis. El edificio era conocido por mucha gente como Babilonia debido a sus líneas arquitectónicas, pero para sus ocupantes, los miembros del espionaje inglés, era sencillamente Legoland.

Por un momento pensó que con tanta atracción artística, quizás algo chocante con el destino de esa instalación,

los ingleses habían querido enviar un mensaje subliminal, algo así como: «Fíjate en nosotros, estamos aquí, te estamos vigilando».

No venía aquí desde 2007, cuando estuvo trabajando con el equipo del coronel Romero para determinar si Roberto Flórez, un oficial del CNI, era un espía que trabajaba para los rusos. Tampoco es que hubiera trabajado mucho con los «primos», como llamaban en la agencia a los miembros del espionaje inglés, pero el hecho es que con ellos, como con nadie en la comunidad de espionaje occidental, todo era suave, ligero y sin problemas, garantizado por una historia de total convergencia, no puesta a prueba por el tiempo ni por cambios de gobierno; en definitiva, eran primos hermanos y con ellos casi no había sorpresas. Por eso ni en la Compañía ni en la Agencia de Seguridad Nacional se había visto jamás necesario espionar al Primer Ministro David Cameron en el 10 de Downing Street, como se había hecho con Ángela Merkel, algo desgraciadamente puesto al descubierto por Edward Snowden, aquel analista que en 2013 había desvelado lo mejor de Langley. Pero había una verdad: Alemania lideraba a Europa continental y sus decisiones no debían coger desprevenida la Casa Blanca, por ello, a pesar del alboroto que armó aquella trastada de Snowden, el presidente Obama solamente se había comprometido a no espionar a Merkel, o sea que nadie más en Alemania se libraba de la vigilancia. Precisamente unos días atrás, ese país había expulsado al jefe de la CIA en Berlín al descubrir que había reclutado a un miembro de los servicios

secretos alemanes y a otro militar, quienes llegaron a venderle información.

Una bellísima rubia a lo Lady Di vino a buscarlo a la recepción, lo guió hasta el ascensor y lo dejó en manos de la secretaria del coronel Louis Jackson. Al entrar en su despacho, este se levantó para saludarle y, a pesar de sus sesenta y cinco años, desplegó en cada movimiento aquella agilidad que había adquirido de joven en las SAS, las tropas de desembarco de Su Majestad, y que había exhibido en diferentes momentos ante el enemigo, hasta que ingresó en el espionaje para hacer lo mismo desde el mundo del silencio, siempre fiel al lema de las tropas especiales: «Quien arriesga gana».

—Espero que haya tenido usted un buen viaje, capitán.

—Han sido varias horas de vuelo, coronel, pero hace un día espléndido en Londres.

—Me alegro de que sea así. Llevamos tiempo trabajando sobre la información que nos pidió el coronel Murphy, de manera que no tendrá que dormir en Londres si así lo prefiere.

—Es una buena noticia. ¿Y qué tienen?

—Creo que lo suficiente para comenzar. Ya sabíamos por varios rehenes liberados que quienes custodiaban a los occidentales eran tres británicos a los que los demás yihadistas llamaban los Beatles. Al jefe de ellos lo nombraban John, y a los otros dos Paul y Ringo. Pero nos pusimos a trabajar y creemos haber resuelto el enigma.

Louis Jackson tendió una carpeta a Pete Johnson. Este la abrió y observó por unos instantes la fotografía

de un joven con gorra de beisbol. Se concentró en la lectura del documento.

—Sin embargo, esto no es lo que cuentan los periódicos que ya llevan hablando de ello hace algún tiempo —dijo Johnson tras levantar la cabeza.

—Pues usted puede confiar en nosotros, capitán. Le hemos hecho pruebas de voz al jefe de las negociaciones de esos carceleros, quien según los rehenes liberados era el jefe del grupo, y estamos convencidos de que John el Beatle no es Abdel-Majed Abdel Bary, como dicen *The Sunday Times* y *The Independent*, sino Mohamed Emwazi.

—Pero ustedes no han intentado sacar a la prensa de su error.

—No nos interesa por razones operativas, por lo que no hemos afirmado ni negado lo que han dicho esos periódicos, preferimos que Emwazi ignore que lo estamos observando.

—Así que este sería nuestro hombre...

—Sin lugar a dudas, capitán. Mohamed Emwazi, conocido en el califato como Abu Abdulá Britani, y para el resto del mundo como ese fantasma apodado John el Beatle, o John el Yihadista, que a veces sale en las noticias. Tiene veintiséis años y nació en Kuwait en 1988. De una familia de tres hermanos, se trasladaron a Londres cuando él tenía seis años. Se instalaron en el barrio de Queen's Park, al noroeste de Londres, donde su padre comenzó a ejercer de taxista. Desde joven destacó como estudiante en el colegio público de Quintin Kynaston.

Estudió Administración de Empresas de Sistemas de Información en la universidad de Westminster, donde sus compañeros lo recuerdan como muy educado, con barba, amigo de la ropa cara, que frecuentaba la mezquita de Greenwich y que hacía gala de su fe islámica, por lo que no miraba a la cara a las mujeres. Se licenció en 2009 con la idea de labrarse una carrera en los países árabes. Sin embargo, el mismo año en que se graduó cogió un avión rumbo a Tanzania con dos amigos, entre ellos un alemán convertido al islam llamado Omar. Según dijo, el viaje era para participar en un safari. Sin embargo, fue detenido en Dar es Salam acusado de pretender viajar a Somalia para unirse a Al Shabah, el ala de Al Qaeda en aquel país. Al regresar, nuestro contraespionaje lo interrogó varias veces sobre aquellos hechos, pero el negó que hubiera querido unirse a Al Qaeda. No obstante, después de intentar reclutarlo, nuestro contraespionaje lo incluyó en la lista de «vigilancia especial» por su supuesto vínculo con el grupo de musulmanes de North Kensington y por ciertas informaciones de que pertenecía a una red que facilitaba asistencia y fondos a los yihadistas que querían viajar a Somalia. Tras aquello, regresó a su Kuwait natal, donde comenzó a trabajar como informático y desde donde voló hasta aquí en dos ocasiones, según él para preparar su boda. En su segundo viaje, en junio del 2010, lo detuvo de nuevo el contraespionaje y se trató de impedir que saliera del país porque había serias sospechas de que estaba intentando unirse a la yihad. Él protestó, diciendo que en Kuwait lo

esperaba un matrimonio y un trabajo, pero supimos que había mostrado simpatía por un terrorista condenado en los Estados Unidos por un brutal asesinato en Afganistán, mientras que en 2012 le frustramos un viaje a Arabia Saudita. Ese mismo año desapareció y no se volvió a saber de él. Poco después, sus familiares se enteraron de que estaba en Siria, cuando creían que estaba en Turquía ayudando a los refugiados.

—Bonito historial para un joven criado en nuestras ciudades, coronel.

—Y sobre todo intenso e impresionante, porque no he terminado.

—Pues siga alarmándome.

—Por su fecha de llegada a Siria, John fue uno de los primeros yihadistas occidentales en aterrizar allí para combatir. Hasta aquellos momentos, el opositor Ejército Libre Sirio era la fuerza más importante contra Bashar al Assad, hasta que el Estado Islámico llegó a ese país en 2013 desde Irak y lo ha desplazado, acorralado y casi eliminado. Desde que llegó, y por sus conocimientos de árabe y de informática, John pronto logró una gran relevancia en el califato. En Raqqa, la capital, llegó a ser el jefe de entrenamiento de los nuevos reclutas del Estado Islámico, con un australiano que dirigía el adiestramiento de los francotiradores. Hay que decir que, aunque ninguno de los tres mil cuatrocientos occidentales ocupa altos cargos en esa organización terrorista, allí hay pocos europeos tan relevantes como él, eso sin contar que es el jefe de este problema que les preocupa a ustedes.

—¿Y qué me dice de él a los fines de nuestra tarea?

Louis Jackson contrajo los labios, entrecerró los dedos de las manos e hizo un leve gesto con la cabeza como para advertir que no tenía buenas noticias.

—Según Didier François, un periodista francés que estuvo como rehén, John es el carcelero más cruel, un psicópata y un sádico que disfruta haciendo daño, algo muy alejado de aquel joven que se movía por nuestras calles. Pero eso no es lo peor con que os vais a encontrar en ese hombre, capitán.

—Pensaba que ya quedaba poco...

—Pues vaya preparándose para lo contrario. Ese hombre es muy discreto, solitario y distante de los acercamientos y reconocimientos, y en su tarea como guardián de los rehenes solo confía en sus amigos Paul y Ringo. Tenga en cuenta que hasta en las negociaciones en las que ha participado con los familiares de once rehenes en abril de este año, se ha mostrado encapuchado y con aparato distorsionador de la voz, algo nada habitual en los miembros de esa organización cada vez que hacen una de las suyas, ya sea matar o participar en algún ataque. De manera que al hombre de los españoles se le va a hacer muy difícil acercársele.

—Pero algún modo tendrá de ponerse en contacto con el mundo exterior que podamos aprovechar...

Louis Jackson se quedó mirando a Pete Johnson, como intentando discernir si este podría hacerse con la única opción que se le iba a brindar en aquel entorno sirio tan cerrado en que debería moverse.

—No se preocupe coronel, habrá que intentarlo —lo alentó Pete.

—Sí, hay una posibilidad de acercarse a él y tiene que ver precisamente con el hombre que la prensa creía que era John el Beatle, tiene que ver con Abdel-Majed Abdel Bary.

Louis Jackson cogió un mando a distancia que había a la derecha de su escritorio y lo dirigió hacia el equipo de vídeo que tenía enfrente. Poco después, el monitor mostraba una multitud de jóvenes en un concierto. Pete Johnson miró desconcertado al oficial inglés, pero este no se inmutó, siguió trabajando con el mando y centró la imagen en el cantante.

—¿Un músico? —preguntó Pete Johnson.

—Pues sí, capitán, pero un cantante de rap muy especial. Le presento a Abdel-Majed Abdel Bary, precisamente el hombre que la prensa creía que era John el Beatle. Él podría abrirle el camino hacia Mohamed Emwazi. El hecho de que entre ambos hubiera muchas cosas en común, como ser londinenses y muy bien educados, así como que Abdel Bary apareciera en una fotografía de su twitter con una cabeza ensangrentada en las manos, llevó a la prensa a pensar que él era John el Beatle.

Pete Johnson se quedó observando unos instantes al cantante.

—Pues entonces nos convertiremos en su fan número uno —dijo.

—Me parece bien. Por cierto, ¿por qué en Langley se han fijado en España para intentar llegar hasta James Foley y los demás secuestrados?

—En realidad todas las antenas europeas y de Oriente Medio están trabajando en ello y a mí me correspondió visitarlos a ustedes, No obstante, el coronel Murphy piensa que en el equipo del coronel Romero hay un hombre con un buen historial y una buena tapadera para intentar acercarse a yihadistas extranjeros.

—¿De quién se trata?

—De Carlos, el hombre al que ustedes ayudaron durante la investigación de Roberto Flórez.

—No es una mala carta, es un hombre arriesgado, pero no sabía que tuviera un historial de ese tipo. Por lo que había escuchado, el coronel Romero lo reclutó para que el CNI tuviera una empresa y esta le podía servir de tapadera como vendedor de armas.

—Pero en realidad había algo más sobre él.

Louis Jackson interpretó el laconismo de Pete Johnson como una lógica discreción sobre la persona de que hablaban.

—Sin embargo, hay otra posibilidad que el coronel Murphy ha visto en la variante España —añadió Pete Johnson para compensar la anterior omisión.

—¿Y cuál es?

—España tiene las ciudades de Ceuta y Melilla en África, donde el radicalismo islámico y las tentaciones yihadistas tienen una gran fuerza, y de allí han partido la mayoría de las cincuenta y una personas residentes en España que se han apuntado a la guerra santa con el Estado Islámico. Por tanto, es un buen lugar para infiltrarse.

—Creo que es una buena idea.

—Entonces, vayamos a luchar por nuestros cinco chicos —dijo Pete Johnson queriendo manifestar un reconocimiento incluyendo a los dos británicos como primer objetivo.

Ya en Madrid, de camino hacia la calle del Padre Huidobro, Pete Johnson estaba preocupado por lo que tenía por delante, lo mismo que le había mostrado el coronel Jackson en Londres. La tarea era difícil, primero tendrían que llegar hasta el yihadista rapero Abdel-Majed Abdel Bary, después ganarse su confianza, estima y reconocimiento para que los acercara a John el Beatle y, por último, crear las condiciones para un asalto de las tropas especiales en lo que sería la primera operación americana en suelo sirio.

Sin embargo, lo que más le inquietaba era que el coronel Antonio Romero se hubiera retirado, pues habría que ver si su gente estaba en condiciones de llevar a cabo aquella infiltración entre los terroristas del Estado Islámico. Sin duda, el grupo había llevado a cabo muchas y muy buenas operaciones, pero siempre contando con la presencia, el conocimiento y la experiencia del coronel.

Pero en fin, eso era lo que había. Tendría que esperar que a lo aprendido por el teniente Estrada con el coronel se le añadiera la experiencia de Lisa, esa oficial del espionaje israelí que se unió al grupo tras ser expulsada

del Mossad y que el coronel Romero acogió después de que ella salvara la vida a Carlos en Georgia, cuando fue secuestrado mientras investigaba si el oficial Roberto Flórez trabajaba para los rusos.

Esta vez se dirigió solo hacia la oficina del general Félix Sanz Roldán, quien se levantó al verlo.

—No le haré perder el tiempo con formalidades, capitán.

El general le tomó la delantera, salió de la oficina y se acercó a la secretaria.

—Estaré con el teniente Estrada —le dijo.

Pete Johnson tomó nota de que el general no había mencionado al coronel Romero. ¿Significaba eso que confiaba en el equipo o solo era una apariencia de seguridad? Decidió que, en todo caso, la respuesta estaba en el futuro.

Cuando entraron en la División de Espionaje Exterior, se percató de que el despacho que había ocupado el coronel Romero estaba cerrado. Eso le hizo pensar que podría existir una cierta inseguridad no ya solo en el general, sino también en el grupo, pues formalmente nada se oponía a que el teniente Jorge Estrada pudiera ocuparlo en su condición de jefe del grupo.

El general le abrió la puerta del despacho del teniente Estrada, que ya conocía por sus múltiples visitas a aquel lugar. Se encontró con dos hombres y una mujer sentados bastante informalmente, aunque el teniente Estrada estaba detrás de su escritorio. Era un hombre de unos treinta y ocho años, elevada estatura, pelo negro y porte marcial.

A pesar de que usualmente en el rostro de los anfitriones prevalecía el ocultamiento de la vida que llevaban, Pete Johnson pudo ver por la forma en que lo miraron que lo estaban esperando a él.

Y tenía razón, el general había decidido no hablarles de la conversación que tendrían hoy; ellos estaban allí para hacer su trabajo aun cuando quien había sido su jefe ya no estaba.

—El capitán tiene un problema que exponerles, así que os dejo con él. Teniente, lo veré cuando usted desee —se limitó a decir el general.

El general los dejó solos y en la oficina se impuso un expectante silencio.

—¿Y cuál es ese problema? —rompió el silencio el acompañante del teniente Jorge Estrada, más o menos de su misma edad y pelo negro rizado, pero que más bien parecía un universitario.

Pete Johnson sabía que tendría que acostumbrarse a este comportamiento desinhibido de Carlos Alonso. Soltó el portafolio que traía en el escritorio, lo abrió y extrajo tres carpetas que entregó a cada uno de ellos.

—Ahí tenéis a James Wright Foley, a quien necesariamente conocen por ser uno de nuestros periodistas secuestrados por el Estado Islámico. Foley fue apresado en 2012, tiene treinta y nueve años, trabaja para el periódico digital *Global Post*. Trabajó en Alepo, Libia, en 2011 durante la primavera árabe y después en Siria, informando desde las posiciones de los opositores a al Assad.

Pete Johnson sacó varias fotografías donde aparecía un reportero y se las tendió. Cuando las hubieron visto, encendió el equipo de vídeo.

—Este vídeo fue filmado cuando él estaba en Alepo en 2012 cubriendo la lucha de los opositores a Assad.

En el vídeo los tres pudieron ver a Foley con un casco puesto, un chaleco antibalas y un gran micrófono, hablando delante de un muro de ladrillos. Se le veía contento y ajeno a los peligros que lo acechaban por doquier.

—¿Y qué pretenden con él? —preguntó el teniente Estrada.

—Pretendemos liberarlo.

—¿Es que no tenéis forma de pagar?

—Hay dos cosas. Una es que nuestro gobierno no hace trato con los terroristas, porque eso pondría en peligro la vida de más ciudadanos americanos.

—En eso estoy de acuerdo con ustedes —intervino la mujer.

Pete Johnson agradeció con un gesto la aprobación de aquella rubia de apariencia eslava, cuerpo esbelto y fuertes hombros cuyas largas y torneadas piernas enfundadas en unos jeans blancos no parecían querer acabarse.

—Y la otra es que piden cien millones, lo que nos hace suponer que en realidad no quieren liberarlo. Por eso nos esperamos lo peor.

—En eso podrían ustedes tener razón, dada la crueldad con que hace la yihad el Estado Islámico —se unió de nuevo Lisa a las aseveraciones de Pete Johnson—. Para todos es evidente que siguen una estrategia basada

en la imposición del caos, prefieren la muerte como carta de presentación y en eso alaban a Abu Musab al Zarqawi, el primer miembro de Al Qaeda, en filmar una decapitación de musulmanes en Irak, por mucho que Osama bin Laden desaprobara sus prácticas.

Pete Johnson sabía que los tres miembros del equipo del coronel Romero conocían bastante de cerca lo que Lisa acababa de mencionar. En realidad Carlos y ella estaban en Jordania, en la frontera con Irak, cuando aquellos hechos. Incluso, en un principio, Carlos se había permitido un comentario sobre Al Zarqawi, que Lisa le criticó por considerarlo ignorante del peligro que podía significar aquel hombre.

—¿Y por qué recurren a nosotros? —preguntó el teniente Estrada.

—También por dos razones. La primera, porque quienes vigilan a Foley y a los otros rehenes son tres ciudadanos ingleses nombrados por los yihadistas los Beatles, y pensamos que una buena vía para acercarnos a Foley sería aproximándonos a esos músicos del terror, lo que pudiera lograrse aprovechando el flujo de yihadistas que parten hacia el Estado Islámico desde Ceuta y Melilla.

—¿Y la segunda razón? —preguntó Carlos.

Pete Johnson guardó silencio por unos instantes, consciente de lo conflictivo de lo que iba a expresar, pero no había más remedio.

—La segunda razón eres tú. Precisamente el coronel Romero te reclutó porque tu padre fue miembro de ETA

hasta 1982, en que su aparato político abandonó el uso de las armas. De modo que los Beatles podrían ver en ti un radical de cuna; si ellos se hicieron radicales en ciertos entornos tú podrías haberlo aprendido en casa. Aunque tú tienes un problema del que ellos pueden vanagloriarse y la superioridad también ayuda a establecer relaciones, aunque estas sean de subordinación.

Esa nueva alusión a la vida de su padre enfadó a Carlos. Le molestaba que aquello hubiera tenido que renacer varias veces desde que trabajaba con el coronel Romero. Pero Pete Johnson tenía razón. Precisamente por eso y solo por eso el coronel Romero lo había reclutado para infiltrar al terrorismo yihadista; lo otro, lo de su empresa para vender armas en zonas de conflicto había sido un elemento más para convencer de que era capaz de vender su alma. A pesar de su malestar, comenzó a analizar la operación a que lo querían arrastrar.

—Hay algo que no veo claro, capitán —dijo—. Usted habla de aprovechar el flujo de jóvenes radicales que parten de Ceuta y Melilla para Siria e Irak y dice haber pensado en mí, pero yo jamás he visitado Ceuta ni Melilla.

—Pero eso espero que el teniente y Lisa lo puedan resolver. Además, lo cierto es que el coronel Romero le hizo aprenderse el Corán, visitar algunas mezquitas de radicales aquí en Madrid, establecer relaciones y algunas cosas más. Lo demás sería que usted encontrara su camino hacia el Estado Islámico a través de esas conexiones. No obstante, hay un problema.

—Querrás decir otro —ironizó Carlos.

—Adelante, capitán —intervino el teniente Estrada.

—Pues sí. Nuestro objetivo en el Estado Islámico, según los ingleses, es este hombre —Pete Johnson levantó una fotografía—. Su nombre es Mohamed Emwazi, es el jefe de los Beatles, por cierto que también tuvo como rehén a vuestro paisano Javier Espinosa. Los ingleses han podido descubrir que es quien se oculta tras el apodo de John el Beatle o John el Yihadista, cuyos datos tenéis en esa carpeta.

Pete Johnson levantó una de las carpetas que había sacado del portafolio y continuó:

—Sin embargo, según los ingleses, ese hombre es muy desconfiado y distante y solo habría una posibilidad de acercarse a él: a través de este otro hombre.

Pete Johnson levantó otra fotografía.

—Señores, les presento a Abdel-Majed Abdel Bary, tiene veinticuatro años y vivía en Maida Vale, un barrio acomodado del oeste de Londres. Ha sido un cantante de rap alternativo conocido internacionalmente con el nombre artístico de L. Jinny, o Lyricist Jinn.

—¿Un rapero? ¿Estás bromeando? —exclamó Carlos— ¿Un músico?

—Lo mismo pensé yo cuando el coronel Louis Jackson me lo dijo. Pero no, amigo, este es un rapero muy especial. Conoció el terrorismo islámico desde su propia casa, a través de su padre, ha aparecido en su twitter desde el Estado Islámico con una cabeza degollada chorreando sangre en sus manos, y en Siria adoptó el

nombre de guerra de Abu Kalashnikov; allí su nombre en la red es algo tan significativo como `terrorist@itslinay`. Su padre fue un conocido abogado de Derechos Humanos egipcio llamado Abdel Abdul Bary, que se exilió en Inglaterra en 1993 con su esposa y seis hijos, pero resultó ser un colaborador de Osama bin Laden y fue extraditado desde Inglaterra a los Estados Unidos por su implicación en los atentados de Al Qaeda a las embajadas americanas de Kenia y Tanzania en 1998.

—¡Pues sí que es un rapero bastante diferente! —reconoció Lisa.

—Pero hay más. Abdel Bary parecía una promesa musical, la BBC estaba encantada con él y precisamente lo elogiaba por lo que llamaban su talento distinto, y eso que la letra de sus canciones eran bastante elocuentes, se mostraba orgulloso por lo que su padre había hecho en Tanzania y Kenia, manifestaba su cólera porque aquel se encontrara encarcelado en Estados Unidos, por lo cual decía cosas como: «Dame un orgullo y honor como el de mi padre y mataré a dos policías.»

—Reconozco que nuestro hombre me ha sorprendido —dijo Carlos.

Cuando Pete Johnson se retiró, el teniente Estrada se puso de pie.

—Nos tomaremos la tarde libre para hacernos una idea de lo que podríamos hacer.

Carlos y Lisa llegaron al piso ubicado en la localidad de Villaverde, en el sur de Madrid, donde vivían. Carlos abrió la puerta y cogió a Lisa por la cintura, la empujó suavemente hasta el sofá del salón y la sentó. Después se dirigió hacia el equipo de música.

Escogió un CD de los Beatles y comenzó a escucharlos. Los Beatles eran sus ídolos y a ellos recurría tanto cuando estaba preocupado como cuando estaba contento. Se mantuvo escuchándolos por unos instantes hasta que logró escaparse de su mundo y fue a la cocina.

Lisa lo observó sin decir nada. Sabía que estaba contento, lo que le había sido imposible disimular durante el camino a casa, a pesar de haberse mantenido encerrado en sí mismo y sin hablar siquiera de la conversación que acababan de tener con Pete Johnson.

Pero ella no se encontraba igual y suponía que él se lo imaginaba. Era evidente que Carlos no estaba así de contento por la operación a que lo estaban arrastrando. A él no le gustaba el espionaje, aquello no lo llenaba, su mundo eran los negocios y solo estaba trabajando para el CNI porque el coronel Romero lo convenció de sus posibilidades de ayudar al espionaje español a enfrentarse al terrorismo yihadista, para lo cual le expuso varios argumentos, como un poco de vergüenza y responsabilidad personal por el daño que su padre y quienes lo rodearon en ETA pudieron causar a algunas personas, así como lo que podría significar a los ojos de los terroristas ese pasado de su padre y las posibilidades que le brindaban al espionaje español su pequeña empresa, que podría

servirle de tapadera para todo lo que hiciera falta, desde vender equipos de doble uso que pudieran interesar a los terroristas hasta establecerse en medio del desierto a comprarles *souvenirs* a los beduinos.

En fin, ella sabía que Carlos estaba alegre, porque de la propuesta que había hecho Pete Johnson no se vislumbraba la necesidad de que ella tuviera que acompañarle en el desierto. Claro que la reacción de él no fue la misma, durante la operación con la que intentaron evitar el atentado al presidente Obama en Colombia en 2012. A él no le gustó nada la única vía que se presentaba para controlar al terrorista en aquellos momentos. Cuando aquello, Carlos y ella ya eran pareja y él no quería ni oír hablar de esa idea, pero el coronel Romero impuso su voluntad y él tuvo que ceder, aunque sin dejar de criticar constantemente lo que ella hacía para que todos se vieran obligados a escogerla, para ejecutar las partes más delicadas y peligrosas de las operaciones.

Carlos trajo al salón una bandeja con dos jarras de cerveza y platos de aceitunas, queso y jamón. Ella decidió alejarse de esos pensamientos, suspiró y sonrió. Le gustaba lo cuidadoso que él era. Sabía que después la cogería del brazo, se pondría a bailar con ella y la llevaría hasta el dormitorio. Como ella no estaría en peligro, él no tendría preocupaciones, al menos por esta vez.
